

de que se detuviese, se prepararon á hacerse justicia por su mano. Dos documentos oficiales aumentaron su exasperación: uno de veintiuno de Septiembre, nombrándose al general conde de Lambert comisario real con plenos poderes y comandante de todas las fuerzas militares acantonadas en Hungría, y otro por el que se mandaba á todos los soldados incorporarse á sus antiguas banderas. Esto ya no podía soportarse. La Asamblea de Pesth declaró nulo el nombramiento de Lambert, y lo mismo en esta ciudad que en Buda estalló profunda agitación. Lambert, habiendo llegado á Buda, cometió la imprudencia de salir á la calle en coche; reconocido en medio del puente que une á las dos ciudades, fué sacado del vehículo por un bando armado de hoces y degollado, á pesar de los esfuerzos que hizo para salvarle un destacamento de la guardia nacional. Inmediatamente, el Emperador declaró disueltas las Cámaras magyares, y cuatro días después, el tres de Octubre, acabó de revelar sus intenciones confiando á Jellachich el mando superior de Hungría. Esta provocación colmó la medida y fué la señal de la lucha civil. El incansable Kossuth fué de ciudad en ciudad predicando la guerra santa; en tres días levantó doce mil voluntarios, y mientras tanto, toda la caballería húngara de guarnición en Galicia, Bohemia y otras provincias, desertaba en pequeños grupos yendo á incorporarse á la bandera nacional. El veintinueve de Septiembre, Jellachich, á la cabeza de treinta mil hombres, fué derrotado camino de Pesth por el pequeño ejército húngaro mandado por Moga, retirándose al día siguiente hacia Viena. El efecto moral de esta victoria fué inmenso; Kossuth llegó al apogeo de la popularidad.

La población de Viena dió nuevo testimonio de su simpatía á los magyares, sublevándose por tercera vez el seis de Octubre, con ocasión de haber despachado Latour cinco batallones en auxilio de Jellachich. Los vieneses se opusieron á la salida de las fuerzas, rompiendo el puente del Danubio por donde aquéllas habían de pasar; la guardia nacional embistió á las tropas; furiosas bandas asaltaron la residencia de Latour, le prendieron, le mataron y le colgaron de un farol, completándose el triunfo de los insurrectos con la toma del arsenal el día siete á las cuatro de la mañana. La lucha había sido formidable. El cobarde Emperador emprendió de nuevo la fuga retirándose á Kremsier, de donde ordenó al parlamento que fuese á unírsele. Solamente los diputados eslavos le obedecieron; los polacos y los alemanes permanecieron en la capital, y juntos instituyeron una especie de gobierno revolucionario. La asamblea de Francfort, sin aprobar expresamente lo que acababa de suceder, no manifestó, sin embargo, gran disgusto por aquella nueva explosión popular, y envió á Viena, á título de conciliadores, á tres de sus individuos, que no tardaron en declararse partidarios de la insurrección. La situación de Viena era gravísima. Obligado á batirse en retirada, el general Auersperg, comandante militar de la plaza, se había refugiado con diez mil hombres en las alturas del Belvedere, esperando la llegada, ya del ejército de Jellachich, ya del de Windisgraëtz, generalísimo de las fuerzas austria-

cas. Si los húngaros, ocupados en organizar sus fuerzas bajo la dirección de su gran orador Kossuth, hubiesen estado prontos á partir, evidentemente el Emperador no habría podido recobrar su capital, ni hallar salvación la corte de Viena. Pero el gobierno de Pesth no pudo poner su ejército en marcha hasta fines de Octubre, cuando ya, cercada y hostilizada Viena por las fuerzas de Windisgraëtz y de Jellachich, todo auxilio era vano para la ciudad insurrecta. El veintiocho de Octubre, el general en jefe ordenó el bombardeo. La lucha fué terrible. El treinta, la ciudad capituló, mas en el acto de negociarse las condiciones, llegó el ejército húngaro, tan ardientemente esperado por el pueblo, y al punto se reanudó el combate en las calles y volvieron los cañones á vomitar hierro. Jellachich salió al encuentro de los húngaros. En Schwechat se trabó la batalla, que duró de las siete de la mañana á las cuatro de la tarde, y acabó por la derrota de los húngaros, que repasaron el Leitha. Viena, huérfana de toda esperanza, se rindió sin condiciones. Windisgraëtz la ocupó el primero de Noviembre é instaló en ella el terror militar, que se cebó mayormente en los estudiantes.

Pero la reconquista de Viena no era para las tropas imperiales un triunfo decisivo. Hungría entera estaba de pie, intacta, formidable, sostenida por gran número de voluntarios polacos, que mandaban capitanes como Dembinski y Bem. Por otra parte, el Parlamento de Francfort no disimulaba ya su hostilidad á la corte de Austria, maquinando nada ménos que excluirla indirectamente del Imperio de Alemania, cuya constitución discutía entonces. Á este fin aprobaba, entre Octubre y Noviembre, estas cláusulas del pacto fundamental: «Ninguna parte del Imperio podrá reunirse en un solo Estado con países no alemanes.»—«Si un país alemán tiene el mismo soberano que un país no alemán, las relaciones entre ambos no podrán regularse sino conforme á los principios de la unión personal.» Salta á la vista que estas prescripciones iban dirigidas especialmente contra Austria, que pretendía entrar en el Imperio con el conjunto de sus dominios, muchos de los cuales no eran alemanes. Desde este punto, la unidad y la centralización en que soñaba la corte de Viena ya no le era posible alcanzarlas, como no consintiese en excluirse á sí misma del mundo germánico. Su cólera contra el Parlamento de Francfort llegó al extremo de hacer ejecutar sin juicio á uno de los comisarios que aquella Asamblea enviara á Viena durante la insurrección, sin reparar en que nada ganaba con semejante acto brutal de represalias la causa de los Hapsburgo. Si á esto se añade que la revolución volvía á levantar cabeza en Italia, con sentido más radical y mayor empuje que antes, no cabe duda que, á pesar de la reconquista de Viena, la causa de Austria, ó sea de la contra-revolución, hallábase á la sazón en el punto más bajo. Pero á partir de este instante volvió á levantarse para no decaer ya, merced al concurso de un hombre de Estado enérgico y afortunado, que Fernando I tuvo la buena inspiración de llamar al poder: el príncipe de Schwarzenberg.

Resulta, del cuadro que acabamos de bosquejar, que la revolución en Viena fué más violenta que en Berlín, y que esta diferencia de intensidad provino de la diferencia de carácter. En Viena concurrió al movimiento toda la población. Burgueses, artesanos, mercaderes, obreros, estudiantes, todos se levantaron contra un gobierno por todos execrado. En la profunda ignorancia política en que Metternich había tenido á la burguesía vienense, no comprendía esta las noticias que le llegaban de París acerca de la anarquía, el socialismo, el terror, y se unió en cuerpo y alma al movimiento, que la erigió en clase preponderante del Estado, mediante la guardia nacional y el Consejo de seguridad. Natural era que esta unión se hubiese roto después del triunfo, conforme á la regla de todas las revoluciones, separándose la burguesía de los estudiantes y de los obreros; lo impidió la impaciencia del ministerio, y en particular de la corte, por restablecer el régimen antiguo, produciéndose á cada nueva tentativa del gobierno por derribar las libertades otorgadas un nuevo movimiento y cimentándose de nuevo por algún tiempo la alianza entre los burgueses y los obreros. La revolución de Viena fué, pues, popular. Nada de esto tuvo la de Berlín, donde la burguesía se había mezclado ya en las luchas políticas y se estaba preparando para una revuelta. El movimiento parisino de Febrero, anunciándose como una revolución de la clase obrera contra la burguesía imperante, poniendo á la cabeza del gobierno á hombres reputados en Prusia como enemigos de la propiedad, el orden, la religión, la familia, entibió el ardor revolucionario de los burgueses, los cuales apoyaron al gobierno en las primeras sublevaciones parciales, intentaron contener al pueblo y, cuando á la noticia de la caída de Metternich el rey otorgó algunas franquicias, estimaron que la revolución estaba cumplida y se fueron á dar gracias á S. M. por haber satisfecho los votos del pueblo. Sobrevinieron las cargas militares contra la muchedumbre, el triunfo de las barricadas contra la monarquía, y entonces los burgueses se unieron á los partidarios del sistema derribado, para restringir en lo posible las libertades que no se podía menos de otorgar. Tal fué la política que desarrollaron desde el poder los representantes burgueses Camphausen y Hausemann, quienes, contra la voluntad del partido popular, hicieron á éste votar una ley electoral de segundo grado, para la elección de la Constituyente, y un empréstito de veinticinco millones de dólares. La revolución de Berlín fué no popular, sino burguesa, y por esto menos violenta que la de Viena.

En cuanto á la Asamblea nacional de Francfort, tuvo más de nominal que de real. El pueblo esperaba que este Parlamento regulase todos los problemas pendientes y obrase como la más alta autoridad legislativa para el conjunto de la confederación alemana. No hizo nada de esto. La Dieta que la convocara no se cuidó de fijar sus atribuciones; nadie sabía si sus decretos tendrían fuerza de ley, ó si deberían ser sometidos á la sanción de aquélla ó de los Gobiernos individuales. En estas dudas, si la Asamblea hubiese po-

seído un átomo de energía, habría disuelto inmediatamente la Dieta, la corporación más impopular de Alemania, reemplazándola por un Gobierno federal elegido entre sus propios individuos; se habría declarado única expresión legal de la voluntad soberana del pueblo alemán, dando con esto validez á sus decretos; se habría asegurado, ante todo, una fuerza organizada y armada en el país, bastante para arrollar cualquier género de oposición de los gobiernos particulares. Mas esto era pedir peras al olmo. ¿Qué había de hacer una Asamblea compuesta en su mayoría de abogados liberales y de profesores doctrinarios, una Asamblea que, pretendiendo encarnar la esencia del saber y el espíritu alemanes, no era en realidad otra cosa que un escenario donde viejos y decrepitos personajes políticos exhibían á los ojos de Alemania su impotencia en pensar y en obrar? Desde el primer día de su existencia, tuvo más miedo á cualquier movimiento popular que á todas las conspiraciones reaccionarias de los gobiernos alemanes reunidos; se la vió mendigar de la Dieta, encargada de promulgar sus primeras resoluciones, la sanción de sus decretos; en vez de afirmar su propia soberanía, eludió la discusión de las cuestiones espinosas; en vez de rodearse de fuerza popular, se desentendió de las extralimitaciones de los gobiernos. Á sus ojos, Maguncia fué puesta en estado de sitio y su población desarmada. ¿Qué más? El archiduque Juan no aceptó la dignidad de Vicario sino después de haber obtenido el consentimiento de todos los gobiernos, y no fué la Asamblea, sino la Dieta, la que le dió posesión de ella. Así ocurría que un Parlamento que se titulaba único representante legal de la nación alemana, no poseía ni voluntad ni fuerza para hacer valer sus reclamaciones. Sus discusiones carecían hasta de valor teórico, versando sobre lugares comunes y trivialidades cien veces tratados en las escuelas filosóficas y jurídicas. Lejos de realizar la unidad tan deseada de Alemania, esta Asamblea no desposeyó siquiera al más insignificante de los príncipes que la gobernaban; no estrechó los lazos que unían á sus provincias separadas; no dió un sólo paso para derribar las barreras aduaneras que alejaban á Hannover de Prusia y á Prusia de Austria; no intentó siquiera abolir los odiosos derechos que obstruían en todas partes la navegación fluvial en los dominios de Prusia. La Asamblea nacional alemana, se ha dicho con razón, fué el Parlamento de un país imaginario, puesto que no supo crear una Alemania unida, que discutía medidas imaginarias y por siempre irrealizables de un Gobierno imaginario, hechura suya, y votaba resoluciones imaginarias, de que nadie se cuidaba. Por esto, escribió Marx, «mientras los trabajos de las Asambleas constituyentes de Berlín y de Viena forman parte importante de la historia de la revolución alemana, las elucubraciones de la simpleza colectiva de la Asamblea de Francfort interesan si acaso al coleccionador de curiosidades literarias y á los anticuarios.»